

única reminiscencia de nobleza, es rebajar la naturaleza humana, y despojarla del signo que la distingue esencialmente del animal. La conciencia popular, en su alta espontaneidad, no adhiriéndose más que al espíritu, y no discerniendo del oro puro las escorias, santifica el símbolo más perfecto. La religión es siempre verdadera en la creencia del pueblo.....

“La ciencia no es para todos, empero esto a nadie excluye del ideal.

“La desigualdad es un vicio de la Naturaleza..... María (los señores del Instituto) lleva la mejor parte, sin que por esto Marta (el pueblo) sea infamada. Todos tienen la gracia suficiente para lograr su salvación, empero no todos consiguen el mismo grado de perfección y beatitud.”

Renán, que ha escrito su **Histoire des langues sémitiques** para ingresar en la Academia, ¿habrá publicado sus **Etudes d'histoire religieuse** en gratitud a ésta? Reconocéis con todo el mundo que la religión no ha sido inventada por la astucia y el despotismo, sino que es un producto espontáneo, legítimo, del alma humana; admitís igualmente la existencia de Dios: y ¿os atrevéis a decir que la religión no ha sido hecha para el sabio? El sabio, por lo tanto, es un monstruo, ni más ni menos que si pretendierais que la moral, el trabajo o el amor no son para él. Una de dos: o creéis y practicáis la religión como el más sencillo entre los sencillos, o habréis de explicar esa magna aparición de una manera que se aplique a todos. Os desafiamos a hurtar este dilema.

El pueblo necesita una religión, es preciso dársela a cualquier precio; y ¿por qué el pueblo necesita una religión? Porque es menester que el pueblo, que no lleva la mejor parte y que, como Marta, debe servir, aprenda por la religión a estar contento de su servidumbre. He aquí el secreto de toda esa algarabía.

En orden a la religión, o realización de lo absoluto, una sola nota

distingue al teólogo del filósofo. Mientras que éste, cabalgando sobre sus conceptos, labora con todas sus fuerzas para crear su mundo transcendental, el otro, que ha llevado a su último término la especulación, goza de su Dios, con el que se halla en comunicación constante por la Iglesia y la revelación. Tal es el resultado más diáfano de la historia de la filosofía, que debiera titularse también filosofía de la filosofía. Esa maravillosa historia nos muestra como una vez secuestrado por lo absoluto, el espíritu vese continuamente arrasado, sin poder detenerse ni fijar en nada, a través de las desoladas regiones, **thohou oua bohou**, del materialismo, espiritualismo, misticismo, teísmo, panteísmo, idealismo y escepticismo: cómo después, erigiendo sus transcendentales idealidades en sujeto de la Justicia y en la ley de práctica, degenera en la adoración de su propia quimera, y recorre, ángel caído, los círculos expiatorios del fetiquismo, sabeísmo, brahmanismo, magismo, politeísmo, mesianismo, paracletismo, de suerte que, en esa doble cadena de quiméricas filosofías e insensatas revelaciones, no cabe establecer otra distinción que la de la división y la inconsecuencia.

No extrañéis, pues, que la filosofía propenda, como la teología, al despotismo. Toda filosofía de lo absoluto tiene por efecto inevitable esclavizar la conciencia bajo cierta especie de fatalismo especulativo **a priori**; ningún filósofo, consecuente consigo mismo, partiendo de lo absoluto, defiende la libertad. Ahora bien; el que niega la libertad, niega la Justicia y afirma la razón de Estado; ningún filósofo que sepa de dónde viene y adónde va, tomando como punto de partida lo absoluto, deja de ser antirrevolucionario.

¡Harto más triste es el espectáculo de la ciencia tascando, en pos de la filosofía, el freno de la religión!

No queremos acusar a nadie, ni siquiera a los muertos. La tendencia a justificar el mito religioso por los